

## CAPÍTULO VII

## EL HERMANO Y LA HERMANA

BIBI, aprovechando aquel rato de vagar de que disponía por primera vez en veinticuatro horas y que debía ante todo al buen tiempo, después a la extinción del incendio, y, por último, *al orden definitivamente restablecido a bordo*, se probaba su nuevo traje ante el armario de espejo del comandante. Verdaderamente el uniforme le sentaba a las mil maravillas, y Bibi se miraba y se remiraba con gestos de una ingenuidad tal que hubiese desarmado a sus jueces.

—Después de todo—se decía—, no sé por qué me había de estar mal este uniforme, sentándole tan bien el mío al comandante.

En esto apareció el Soponcios convertido en alférez de navío. Una tira de tafetán cruzaba su cara de *Pierrot* desde la sien a la barbilla, dando fe de una gloriosa cicatriz que no hubiese trocado por un imperio.

—Mi comandante—anunció—, el segundo acaba de terminar la situación del barco.

—¡Ah!—hizo Bibi indiferente a todo lo que no fuera sus

galones y sus botones dorados, cuyo brillo miraba y remiraba en el espejo.

—Según parece, hemos bajado hacia el Sur algunos grados más de lo debido.

—¡Es posible!... Oye, Soponcios, ¿qué tal encuentras mi uniforme?

—¡Maravilloso, mi comandante!... ¡Cualquiera diría que lo hicieron para usted!

—Pero es muy mezquino—observó Bibi, atusándose un bigote imaginario—; parece mentira que haya habido un ministro de Marina capaz de suprimir el uniforme de gala. Yo he visto el uniforme de gala estando de remero en la chalupa almirante, el 1.º de Enero, en Cayena. ¡Figúrate, el sombrero de dos picos!...

—¡Las charreteras!...

—El amplio pantalón con franja...

—¡El frac!...—suspiró el Soponcios.—¡Ah! En la Rochelle iban a los bailes de la Prefectura muchos marinos de Lorient, y daba gusto verlos. Para mí que el ministro tenía envidia... y con seguridad, el tal ministro sería un hombre civil.

—¡Un ministro socialista!—declaró Bibi con profundo desprecio...—Con esa gente no se va a ninguna parte; son enemigos de la jerarquía y de la disciplina. Ahora bien; ten muy presente esto, Soponcios: sin la disciplina, que nace de la jerarquía, la cual no puede ser respetada como no adopte algún distintivo, sin disciplina no se puede hacer nada de provecho. ¡Sin disciplina no existiría la sociedad!

—¡Qué bien habla usted, mi comandante! Convendría decirle todo esto al Fetiche, que gruñe cuando le mando

cualquier cosa, y que no quiere hacer nada y se pasa el día cebándose como un cerdo... Está a mis órdenes, debía obedecerme; pero dice que no le da la gana... *y, después de todo, yo no tengo la culpa de que no haya encontrado un uniforme de oficial que le estuviese bien.*

—Y el Trompo, ¿encontró uniforme a su medida?

—Sí; al fin ha dado con uno.

—¿Y qué es?—preguntó el comandante.

—*Por su uniforme ha visto* que es primer timonel.

—¡Vamos, me alegro!—replicó Bibi, haciendo estallar, al ponérselos, unos magníficos guantes blancos—*¡El destino le viene de perilla!* Según creo, no teníamos primer timonel.

En aquel momento, el Bombarda asomó la jeta por la puerta. Se había puesto el uniforme del teniente de navío, que le molestaba en las sisas; pero no decía nada por temor a que le diesen un traje de contra maestre, que no hubiera bastado a satisfacer su ambición. Llevaba el brazo derecho en cabestrillo.

—El Kanak acaba de determinar la situación—anunció.

—Sí, ya lo sé—respondió Bibi con maravillosa desenvoltura—¿Quiere usted un cigarrillo, capitán?

—¡Un *pajandí* no es de despreciar, mi comandante!

—¡Maldita sea!... ¡Como te vuelva a oír *semejantes locuciones*, te arresto! ¿Has comprendido, Bombarda? ¡Un *pajandí*! ¡A ver si de una vez te entra en la cabeza que eres mi segundo teniente! ¡Bueno; habla como un hombre honrado, o devuélveme tus galones!

—¡Comprendido, mi comandante!—murmuró el pobre Bombarda, bajando la cabeza lleno de confusión.

Llamaron a la puerta y entró el Fetiche, redondo como una peonza, colorado como un pavo. Era simple marinero; pero lucía un traje de gala, flamante: chaquetón, pantalón de campana, amplio cuello vuelto y sombrero de hule. Llevaba la frente vendada con un pañuelo blanco, que disimulaba las huellas del reciente combate. Saludó militarmente, y dijo:

—Mi comandante; le advierto a usted que el segundo, *que ha estado trabajando el horario durante toda la mañana y se disponía a hallar la meridiana, acaba de hacer una observación muy exacta.*

—Oye, querido—interrumpió Bibi—; quieres darte tono de sabio, porque has ido a la escuela más tiempo que nosotros. ¡Y tal vez pretendas hacernos creer que entiendes algo de estas cosas! ¡Chorreas suficiencia!... Pero ¿qué queréis que me importe a mí que hayan determinado la situación? *¡Lo mismo me da estar aquí que allá, con tal que haga buen tiempo!*

—¡Mi comandante—protestaron los otros—, es preciso saber adonde va uno, y lo que ha de hacer!

—¡Ya os lo diré cuando me dé la gana! ¿Lo oís? ¡Aquí nadie manda más que yo! ¡Si no estáis contentos de vuestra suerte, decidlo! ¿No os satisface el programa del día? *Paseo al jardín de plantas, baile, banquete, jolgorio...* ¡Mañana nos ocuparemos de los asuntos serios, y punto en boca, hasta el momento en que el primer timonel entre en vuestros camarotes y os anuncie: ¡El comandante espera a los señores oficiales! ¡Entonces os diré lo que se ha de hacer!... ¿Estamos? ¡Pues bien; Ahora, media vuelta, marchen!

—Mi comandante, tengo que decirle a usted una cosa

de parte de la Condesa—dijo tímidamente el Fetiche, volviéndose desde la puerta.

—¡Oh, *qué pelma!* ¿Qué quiere?

—Un instante de conversación...

—¿Por quién me toma?—gritó Bibi con indignación—. *¡Todos los instantes debo consagrarlos a mi tripulación!* ¡No tengo derecho a disponer de uno solo, y menos para escuchar la charla de una mujer!...

—Oh, mi comandante, ésta nos ha sido muy útil.

—¡Le quiere a usted, mi comandante!—exclamó el Bombarda—. No hay más que verle los ojos cuando le mira a usted...

Pero se interrumpió ante la mirada que le dirigió Bibi. El comandante se acercó a su teniente, como si tuviese el propósito de aplastarle.

—¡Cállate—rugió—; ten presente una cosa, para tu gobierno: que Bibi ha sido siempre un hombre decente! ¡Y *no va a echarse a perder ahora*, porque le veas con los galones de comandante! El Kanak es amigo mío. ¡La mujer de un amigo es sagrada! Además, quiero que a bordo de mi barco se respete a todas las mujeres. Si a estas horas no estás en el otro mundo, Bombarda, a Sor María de los Ángeles se lo debes... No lo olvides. Y si vuelves a decir alguna palabra inconveniente, te las entenderás con ella; ya lo sabes.

—¡Está bien, mi comandante!—murmuró el teniente Bombarda, cuadrándose militarmente.

—¿Cómo está la santa mujer?—preguntaron todos.

—Mucho mejor—contestó Bibi—; el Kanak y yo hemos pasado la noche a su lado. ¡Ahora ya está salvada; no

tenía más que fiebre! En cuanto a la bala, no hay que preocuparse de ella. Puede seguir en donde está, en el omoplato. Ya se la extraerán más adelante. No tiene nada en los pulmones, y eso es lo esencial. Y ahora, *marchaos todos adonde el deber os llama*.

Salieron detrás del comandante. En los entrepuentes veíanse bastantes hombres fregando, restregando, rasgando, sacando brillo, esforzándose cuanto podían en borrar las huellas de la espantosa tormenta que había conmovido al *Bayardo*. Todos aquellos hombres vestían el uniforme de los presidiarios, y ostentaban un número en la manga.

Estaban vigilados por los celadores, que se paseaban por entre los grupos, revólver en mano. El sargento de servicio saludó militarmente al comandante.

—¿No hay ninguna novedad, Rouquin?

—¡Ninguna, mi comandante!...

—¿Y los *vigis*?

—¡Mi comandante!...—atrevióse a interrumpir el Bombarda.

—¡Ah, sí, no me acordaba—murmuró Bibi sonriendo, al pensar en su *lapsus*.—¿Y los señores *ex vigilantes militares*?—continuó, acercándose a examinar el trabajo de los presidiarios...—¿*Se van haciendo a su nueva condición?*

—¡No se atreven a quejarse, mi comandante!... Pero al primero que chiste, le salto la tapa de los sesos.

—¡Así lo ordena el reglamento, sargento!—aprobó Bibi. Y, a propósito, capitán, ¿qué han hecho de *mi* reglamento?

—Se le ha leído a la tripulación y a los de las jaulas, y luego lo he mandado poner bien a la vista sobre cubierta.

—¡Bien!—dijo Bibi—. ¡La autoridad y el *reglamento*; he

ahí los dos amos de a bordo, *representados por mi personal* ¡Ante estas dos cosas sagradas, ¿lo oís?, todos deben inclinarse a bordo, tanto la marinería como la oficialidad! ¡Para hacer algo que merezca la pena, es preciso una disciplina inflexible! ¡Para todos! ¡Es preciso que todos se convenzan de que en mi barco nadie puede disponer de otra cosa que del aire que respira, y eso, cuando ya lo tiene dentro del arca!...

Y muy erguido, escoltado por sus oficiales, mudos de estupor, pasó por delante de los vigilantes (los penados de la víspera), que le presentaban armas.

Detúvose un momento, miró al suelo, atrapó a un contra maestre que dirigía perezosamente la limpieza desde una escala, y gritó:

—¡Aún hay sangre aquí! ¡Limpia eso!

Y entró en la enfermería... que estaba repleta, y en la que no se oían más que lamentos. Durante veinticuatro horas, el Kanak y los enfermeros no cesaron un momento de trabajar, cortando y rajando la carne doliente, amputando a diestro y siniestro brazos y piernas. La llegada de Bibi fué saludada con exclamaciones, entusiastas unas, hostiles otras. Y bruscamente, Bibi, que había entrado animado de los mejores propósitos y llevaba preparado un discursito para levantar los ánimos, se sintió mareado por el olor penetrante del yodoformo, y dando media vuelta, huyó descaradamente, declarando que «la guerra era una cosa horrible», y que admiraba a los generales que recorren el campo de batalla después de una victoria, pasando por entre los muertos y los heridos con la sonrisa en los labios, como recordaba haber visto en la escuela,

en las láminas de la historia de Francia. En cuanto a él, aquel espectáculo le daba más bien ganas de llorar.

Aún no se había repuesto de esta emoción, cuando, habiendo hecho anunciar su visita a Sor María de los Ángeles, abrió la puerta de su camarote. Pálida y muy triste, tendida en la litera, junto a la que dos enfermeras le prodigaban sus cuidados, la hermana de Bibi no respondió a su saludo. Clavados los ojos en el techo, parecía rezar. En realidad, sus miradas huían del terrible bandido. Cuando éste despidió a las enfermeras, la religiosa murmuró sin mirarle:

—¿Es usted? ¿Qué me quiere? No puedo hacer nada por usted, puesto que Dios le ha abandonado. Le rogué que le permitiera arrepentirse; pero los crímenes que acaba usted de cometer sobrepujan en horror a cuantos hasta ahora había usted cometido. ¡Dios mío! ¡Cuántos cadáveres! —murmuró tapándose la cara con las manos, como para rechazar la visión del espantoso espectáculo de lucha y de matanza cuyo final presencié, casi moribunda.

Bibi la contempló durante unos instantes sin responder, presa de una nueva emoción que no conseguía disimular. Acabó por coger una silla y sentarse a la cabecera de la enferma. Luego le tomó una mano, que se estremeció y tembló en la suya, y que, por un instante, quiso retirarse, pero que concluyó por ceder, dócil, a la formidable presión del réprobo.

—¡Jacobita! —murmuró con voz ronca—. ¡Jacobita mía! La religiosa movió la cabeza dulcemente, tristemente.

¡Hacía tanto tiempo, tanto tiempo que Jacobita no existía!... ¡No existía Jacobita desde el momento en que los

hombres la hicieran sufrir tantol... ¡Desde el momento en que hubo uno—el padre de su mejor amiga, de su amita, de su querida Sisi—capaz de manchar aquella pureza tan sólo acariciada hasta entonces, según el lenguaje, tan singularmente poético a veces, de Bibi, por las alas de la oración!... ¡Jacobita no existía desde que su Bibi...! ¡Ah!... ¡Bibil... ¡Bibil... ¡Le había querido tantol Le veía, aún muy pequeñito, compartiendo sus juegos inocentes, en el jardín embalsamado por las emanaciones de la playa, durante la deliciosa primavera de Normandía... Era un chiquillo muy feo, algo caprichoso, algo antojadizo; pero tan dócil, tan bueno, que hacía de él lo que quería. Por turno, iban a buscarse el uno al otro a la escuela cuando estaban en Dieppe, y se volvían a su casa muy formalitos, saludando a todas las mujeres del Pollet, que, sentadas a las puertas de sus casas, componían las redes con largas agujas de madera. Y luego iban a Puys, cogiendo flores y mariposas a lo largo de la carretera... Y a veces, a pesar de estarles prohibido, regresaban por el acantilado, para ver las blancas velas en el mar y tirar piedras a la playa desde lo alto...; y corrían, se revolcaban sobre la hierba, o bien, mientras se comían su rebanada de pan con manteca, miraban con curiosidad cómo se movían los brazos del semáforo... Él era ya fuerte y animoso, y se ponía delante de ella cuando las vacas se acercaban demasiado... ¡Cuánto se querían!... ¡Bibil ¡Bibil

Sus labios no pudieron retener estas dos sílabas, que brotaron de ellos dulcemente, musicalmente, como en otro tiempo: «¡Bibil»

Y Bibi prorrumpió en sollozos. Dejó caer la cabeza.

en el lecho y lloró, con su flamante uniforme de comandante, como jamás había llorado con su traje de presidiario.

También la religiosa lloraba, y acabó por decir, retirando con dulzura su mano, que el bandido estrechaba desesperadamente:

—¡Ya lo ves, Bibi; Dios me perdone; pero a pesar de todos tus crímenes, no he olvidado aquellos tiempos, aquellos tiempos felices de nuestra infancia...; y si sigo... pensando en ti... sin maldecirte como los demás, es porque no puedo olvidar que tu primer crimen lo cometiste por mi causa... ¡Ah! ¡Por qué quisiste vengarme, Bibi!

Al oír estas palabras el monstruo levantó la cabeza, y sus ojos aparecieron secos. La ira que le dominó, repentinamente, secó sus lágrimas.

Se levantó con un movimiento brusco, se irguió con expresión terrible junto al lecho de la pobre mujer, y se clavó las uñas en las carnes, para saciar en sí mismo su ansia de destrucción.

—¡Ah!; ¡también tú!, ¡también tú! ¡Creíste al fiscal y pensaste que yo mentía!... ¡Sin embargo, me conocías muy bien! ¡Me veías todos los días! ¡Me besabas todos los días! ¡Leías en mis ojos como en un libro! ¡Nunca te había engañado! ¡Y has hecho lo que todo el mundo: me creíste culpable de aquel crimen! ¡Mil veces te escribí contándote lo que había sucedido! ¡Te juré que era inocente! ¡Y mira ahora «con lo que me sales»! Si es para eso para lo que has venido de tan lejos, podías haberte quedado en tu convento, Sor María de los Ángeles.

—¡He venido *por otro!*—murmuró la religiosa llevándose

la mano al pecho, porque se ahogaba, y la ira de Bibi la había aterrado.

—¿Por otro?

—*¡Por otro crimen del que sé que eres inocente!*

—¡Ah!; también lo soy de otros muchos—rugió Bibi—. ¡Pero, mira; ese me duele más que los otros! ¡Por él estoy aquí!... ¡Él es la causa de todo, el punto de partida de todo!... ¡Los demás ya se me han olvidado!... ¡pero ese..., ese que me ha convertido en lo que soy!... ¡Oh!; te juro que no lo he cometido como todos creen. ¿Por qué no me creíste cuando te escribí? Ya lo dije una vez en la Audiencia... ¡No vale la pena adorar a Dios, si a pesar de ello has de ser tan ciega como los demás! ¡Tú eres la primera en condenarme! ¡Esa es la justicia de tu Dios! ¡Lo mismo que todas!... ¡Ah, Jacoba...!; yo esperaba que te presentarías en la Audiencia..., que les dirías: «Dice la verdad. ¡Os juro que mi hermano es inocente!». Pero no fuiste, y aun ahora crees que yo maté a Bourrelier.

Sor María replicó con voz ahogada:

—Sí, creí que habías sido tú, Bibi; pero te lo repito, no podía guardarte rencor por ello. Tomé sobre mí, ante Dios, todo el peso de ese crimen, porque me querías lo bastante, Bibi, para haberlo cometido por mi causa.

—¡Pudiera ser, y tal vez hubiese llegado a suceder; pero si hubiese sucedido, ¿lo oyes, Jacoba?, si hubiese sido así..., pues bien, no me hubiera escondido! ¡Se lo hubiera dicho a todo el mundo! ¡Me hubiera jactado de ello ante el pueblo entero! ¡Ahí tienes lo que tú no comprendiste, Jacoba! ¡Ahí tienes lo que era preciso comprender!... Y si lo hu-

bieras comprendido así, no estaría yo buscando todavía al *hombre del sombrero gris*, que tiene la culpa de todas mis desdichas!... ¡Tú me hubieras ayudado!... ¡Tú vivías en el pueblo! Hubieras escuchado, mirado por todas partes... y tal vez le hubieras encontrado. ¡Hubieras devuelto la honra a tu hermano, antes de que se hubiese convertido en lo que ahora es! ¡Ahora ya es demasiado tarde, ya nada puede intentarse! Según parece, soy una calamidad universal: ¡todos los crímenes que se cometen en el mundo, se achacan a Bibi! Pues bien; algún día será eso verdad, puesto que estoy al frente de una famosa cuadrilla; ya que lo han querido, les daré gusto. ¡Estoy maldito, Jacoba! ¡Ya no necesitas rezar por mí!... Pues mira...; aun ahora..., ¡si te dijese que todo esto no hubiese sucedido a no ser por la testarudez del comandante!... ¡Y así es!... La terquedad del comandante ha sido la causa de todo. ¡Qué terco es ese hombre!... Le ofrecí el medio de salir de este mal paso. ¿Sabes lo que le pedí? que me dejase tranquilamente en una playa abandonada, en el desierto, vamos..., lejos de todos los hombres, lejos de la sociedad que me repugna..., y tal vez allí hubiese llegado a ser un santo. Palabra: cuando reflexiono en ello, me creo muy capaz de llegar a serlo. ¡No quiso escucharme! ¡Prefirió declararme la guerra! Yo le dije: «¿Quieres guerra? Pues la tendrás»; y nos batimos, y ahí tienes...

—¡No, no os habéis batido, miserables! ¡Malditos!—sollozó la pobre Sor María de los Ángeles, en cuyos ojos volvió a reflejarse el horror causado por la visión de la manzana...—¡No os habéis batido, habéis asesinado!

—¿Qué estás diciendo? Pero ¿qué estás diciendo? ¡Ah,

Jacoba! ¿Has perdido la cabeza? Entonces, ¿qué es lo que hacían ellos cuando disparaban contra nosotros?

—¡Cumplían con su deber!...

—¡Pues yo te digo que no comprendes estol! ¡Eres una pobre muchacha que no sabe distinguir en achaques de muertes!...—Pasaba por delante de un espejo, y viéndose de uniforme, dijo:—*¡Más muertos hubo en la batalla de Trafalgar!*

Sinceramente juzgaba injusta a su hermana por confundir «su combate naval», como él decía, con los insignificantes incidentes criminales de su extraordinaria vida.

Como no respondiera a su aplastante réplica, se volvió y se encontró con que la cabeza de la santa mujer había vuelto a caer sobre la almohada. Estaba tan pálida, que se asustó de veras, y pensó en llamar al Kanak, que había reemplazado en la enfermería al personal facultativo muerto en el campo del honor. Pero la religiosa abrió los ojos, y le dijo con voz que parecía un suspiro:

—Bibi, tengo la esperanza de que Dios me conceda la gracia de llevarme a su lado. Allá arriba pediré por ti; pero antes de morir es preciso que me jures una cosa: que respetarás la vida de los que quedan, y que no tocaréis a uno solo de los cabellos de las mujeres y de los niños que están a bordo.

—Eso, hermana, puedo prometértelo—dijo Bibi, haciéndole tragar casi a la fuerza algunas gotas de una poción que la reanimó—; los desembarcaremos sanos y salvos en la primera costa que encontremos, y cuando podamos hacerlo sin peligro. Las mujeres y los niños están encerrados en sus camarotes. Cuidaré que no carezcan de nada.

Están custodiados, y por ese lado no hay nada que temer.

Pero por más seguridades que daba, Sor María parecía inquieta.

—Desdichados—sollozó—; ¡todo lo temo de semejantes bandidos!

—¡Te digo que con respecto a eso estés tranquila!—repitió Bibi con intención.—*¡Los bandidos tienen todo lo que necesitan!*

—¿Cómo?... ¡Me asustas!

—Pero ¿no había ladronas en las jaulas?

—¡Oh!—suspiró la religiosa, ruborizándose.

—¡No hay ¡oh! que valga!... Unos y otras han nacido para entenderse. Y además, no creas que mis bandidos no tienen corazón. Hay algunos que son hasta románticos. Antes se enviaban cartitas tiernas, y sufrían por vivir separados. Pues bien; ¡ya están juntos!... ¡Son felices; no desean hacer mal a nadie, y los manejo como a corderitos! Mira, te citaré un ejemplo: ayer, cuando estábamos arrojando los cadáveres al mar, dos penados de la antigua jaula de los hacendistas aprovecharon el instante en que cantábamos un *De Profundis* para reñir en el entrepuente como dos perros rabiosos por una presa más fea, ¡palabral, que los siete pecados capitales. Les salté la tapa de los sesos a los dos con mi revólver. ¡Ah, es que quiero mucha moralidad a bordo! Los hombres lo han comprendido, y te aseguro que ahora serán muy corteses con las damas. Así se lo he prometido, por lo demás, al comandante, que tenía miedo de que se condujesen mal con el bello sexo. ¡Dispensa, Jacoba, que te hable de todas estas cosas; pero así lo quisiste!...

—¿En dónde está el comandante?

—Se ha empeñado en ir a reunirse a las jaulas con su tripulación y los vigilantes militares, que estaban ya encerrados. Les he prometido perdonarles la vida a todos, a cambio de la ayuda que tuvieron que prestarnos para salir adelante cuando la tempestad.

—Y ahora, ¿cómo maniobráis?

—*Por nuestros propios medios*—explicó Bibi—, y también empleando parte de la antigua tripulación. Nos hemos quedado con dos timoneles, con el primer maquinista y con los hombres necesarios para la maniobra, que continúan sirviéndonos, bajo pena de muerte, y ajustándose a las indicaciones técnicas del Kanak, el médico que te cuida con tanto esmero, y que ha sido de todo antes de ser uno de los nuestros. Es un hombre que ha servido en el *Borda*, que se hizo médico después, que fué médico de la armada y que ha dado la vuelta al mundo varias veces. Un tipo que nos es muy útil, te lo aseguro.

—¿Útil, para qué? ¿Sois unos criminales y unos locos! No está lejos el día en que seréis fatalmente perseguidos y castigados. ¿Habéis reflexionado en que semejante aventura no puede conducirnos a nada bueno?

—Nos creerán muertos, pensarán que perecimos durante el temporal. ¡Ya nos arreglaremos! Y además, vamos en busca de aventuras, como tantos otros en el mundo. Pero te prometo que antes dejaremos en lugar seguro a todos los supervivientes de la antigua tripulación. Además, confío en que pronto estarás restablecida, y también a ti, pobre Jacoba mía, te haré salir de este infierno.

—¿Cuyo Satán eres tál! ¡Bibil! ¡Ah! ¡Haga el Señor que re-

flexiones antes de añadir nuevos crímenes a los que ya has cometido! ¡Hace un instante hablabas del desierto! ¡Deseabas hacerte ermitaño! Si quieres, Bibi, yo te seguiré!

—¡Es demasiado tarde! ¡No abandonaré a mis compañeros! ¡Después de haberlos metido en semejante fregado, sería una cobardía!

—¡Tus compañeros!

—¡La verdad es—dijo Bibi—que son unos grandísimos tunantes! Pero no he sido yo quien ha buscado su compañía... ¡Me la impusieron los jueces, que me condenaron injustamente! ¡La sociedad, que me enjauló como a una fiera! ¡Me la impuso la fatalidad, a la cual sé por experiencia que nada resiste!

—¡También yo he sido desgraciada, Bibi! ¡También a mí me ha perseguido la Fatalidad...; pero me he refugiado en el seno de Dios y no el crimen!

—¡Tú! ¡No es lo mismo!—explicó, rotundo, Bibi—. ¡Tú eras una muchacha, y yo era un muchacho...! ¡Hay cosas que un muchacho no puede tolerar, si tiene sangre en las venas! ¡Un muchacho se subleva... ¡Sobre todo, un carnicero!... Mira, Jacoba; fueron demasiado injustos conmigo... y aquello tenía que acabar mal. Pero, oye, ¿qué me decías hace un momento?... ¡Me hablabas de otro crimen!

Sor María de los Ángeles alzó los ojos al cielo.

—¡Una gota de sangre!—murmuró—. ¡Una gota de sangre que no ha sido derramada por ti en este océano rojo en que navegas!

—¡Habla! ¡Estoy tan poco acostumbrado a que me digan «este crimen no lo has cometido tú»! ¿De qué se trata?



—¡Del asesinato del marqués del Touchet, del suegro de Sisil

—¡Sisil! ¡Oh, hálame de ella, hálame de ella!... Desde que mis padres han muerto, no me interesa ya nada de lo que puede pasar en el pueblo. ¡Pero Sisil! ¡Sisil! Mira, hace un momento, cuando me recordabas nuestros paseos por el acantilado, pensaba en ella...; me parecía verla dirigirse hacia nosotros, cruzando los trigales, acompañada de su madre. ¡Tejía coronas de espigas y de amapolas!... ¿Y luego, cuando yo le llevaba la carne? ¡Pesaba los pedazos...; siempre quería huesos para el caldo..., y me pedía todo con una voz tan dulce..., nos quería tantol... ¿Sigue creyendo que yo maté *de intento a su padre?*

—Sí, Bibi; sigue creyéndolo.

—¡Oh! ¿Y también cree todavía que asesiné al padre de su marido?

—¡Sí, Bibi; todavía lo cree!

El monstruo inocente apretó los puños hasta hacer crujir todos los huesos.

—¡Oh! ¡Eso es lo más espantoso!... Porque, puedo decirte, ya que tal vez lo habrás adivinado, Jacoba...; yo amaba a Sisil. La amaba con toda mi alma... ¡Ah!... Pero desde tan lejos, que mi amor no podía ofenderla... Pues bien; eso de que gracias al destino haya podido formar tan mala opinión de mí, no se lo perdonaré nunca a tu Dios. ¿Lo oyes, Jacoba?... ¡Díselo de mi parte a tu Dios!...

—Dios sabe que eres inocente del asesinato del marqués del Touchet.

—¡No basta que Dios lo sepa!... ¿Dios y quién más? ¡Hábla, Jacoba!...

—¡Y yo!...

—¡Ah! ¿Y quién más?

—¡Y una persona a quien tú conoces mucho, Bibi!

—¿Cómo se llama?... ¡Ah! ¡Es preciso que me lo digas! ¡Es preciso que me lo digas todo!... ¡Ya comprenderás que no es un capricho...; no te lo pregunto por preguntártelo, como si se tratara de una fecha de la historia de Francia!... ¡Quiero que me lo digas!... ¿Para pedir justicia? ¿Tienes gana de broma? ¿Acaso hay justicia para Bibi? ¡No! ¡*Para tomarme la justicia por mi mano!*... Porque la persona que sabe que soy inocente, seguramente sabe quién es el culpable!... ¡Conoce *al hombre del sombrero gris!*... ¡Tal vez pudiera decirme su nombre! ¡Ah! Pídeselo a tu Dios; pídeselo, Sor María de los Ángeles! ¡Porque si yo pudiera echarle mano a ese hombre!... ¡Ya no desearía nada más, *y entraría en la trapa!*

—Bibi, no te he dicho eso para que te vengues. Por lo demás, no podría ayudarte en tu venganza, porque ignoro quién es el culpable.

—Sí; pero hay otras personas que le conocen... Vamos, hermanita mía; Jacobita, vamos..., cuéntame como fué...; cuéntame todo lo que debes saber... Dices que te vas a morir. Yo te digo que no es verdad; pero si lo crees, no querrás llevarte al otro mundo un secreto como éste. Ya te escucho.

—¡Bibi, no soy yo quien debe hablar; es otra personal... Una persona que lo dirá todo a su debido tiempo.

—Pero ¿y si muere?

—¡Ha tomado sus medidas para que todo *se sepa en el momento oportuno.*

—¿En el momento oportuno? ¡Pues estoy fresco! En fin, veamos si hay algún medio de adelantar un poco ese momento. Dime todo lo que sepas.

Para catequizarla mejor, hablaba con ese tonillo mimoso y algo cantarín, con esos giros un tanto vagos de su tierra, de los alrededores del Pollet.

Sor María de los Ángeles se pasó la mano por la frente, como para recogerse un instante, y dijo:

—Sí; es preciso que por lo menos sepas quién es la persona que posee ese secreto. ¡Escucha, Bibi! Fué pocos días antes de Navidad. Recorría yo la población pidiendo para los niños del hospicio, y llamé a la puerta de la marquesa del Touchet.

—¿De Sisi?

—Sí, de Sisi. Era tan buena conmigo como siempre; solía confiarme sus penas, y no desperdiciaba ocasión de socorrer, cuando podía, a los desgraciados que yo la recomendaba.

—¿Cómo! ¿Cuándo podía? ¿De modo que no siempre podía? ¡Yo creía millonaria a esa familia!

—Y cada vez son más ricos, Bibi. Bourrelier, el padre...

—¡A quien yo asesiné!—dijo Bibi con siniestra sonrisa. Sor María de los Ángeles hizo como que no había oído, y prosiguió:

—Bourrelier colocó bien su dinero. Cuando murió, se supo que por poco más de nada había comprado muchos terrenos en Ruán, en el barrio de San Julián, y una infinidad de casuchas que entonces no rentaban gran cosa. Pero después el municipio ha transformado todo ese barrio, que se ha convertido en uno de los más hermosos de Ruán.

Todo eso era de los Bourrelier, y ahora todo es de los Touchet. ¡Dicen que sólo en este negocio han ganado más de veinte millones!

—¡Veinte millones!—suspiró Bibi, alzando los ojos al cielo como si entreviera a Dios.

—¡Oh! Ahora son muy ricos los Touchet. Madame Bourrelier murió; otro piquito que fué a parar a su caja.

—¡No todo!—dijo Bibi—. Sisi Bourrelier tenía un hermano.

—¡Roberto!... y lo tiene; pero no creo que le viva mucho. El marido de Sisi, Máximo del Touchet, procurará evitarlo.

—¿Cómo?

—¡Oh, muy sencillamente! Ya antes de casarse Máximo, eran inseparables los muchachos. Y ahora siguen lo mismo. La corren juntos, ¿comprendes?... El otro le mata poco a poco con el alcohol... y con otra cosa... Procura que a su cuñado no le falten a su alrededor mujerzuelas que están de acuerdo con él... Todos los años hay un escándalo en Dieppe... Dan fiestas, de las que se habla en toda la provincia..., sobre todo durante el verano, cuando las carreras... Roberto Bourrelier no es ya ni sombra de lo que fué. Cuando muera, su fortuna irá a parar a las manos del marqués.

—Siempre hablas de la caja del marqués del Touchet —observó Bibi, que escuchaba las palabras de su hermana con vivísima atención—; pero yo creo que ese dinero también es de Sisi... Y con una fortuna que tal vez exceda de treinta millones, se puede hacer algo por los pobres, y comprar árboles de Noël para los hospicios.

—Pues está usted equivocado...

—¡Oh, puedes tutearme, ya lo sabes!...

—¡Bibil... Pues bien; aún no te he dicho que el marqués del Touchet es el que tiene la llave de la caja. Sisi no dispone de nada. Todo lo tiene su marido. Cuando necesita algún dinero, se ve obligada a pedirselo, como si fuese una pobretona.

—¡Eso es demasiado! ¡Sin embargo, con decir una sola palabra!... ¡Si todo es suyo!...

—Sin duda; pero tiene que pasar por cuanto el otro disponga, por su hijo, por Bernardito, pues el padre la está amenazando constantemente con enviarle a un colegio de París para educarle a su manera. Ya comprenderás que el único consuelo de la desdichada es ese hijo a quien adora, y al que ella misma cuida y educa. Preferiría morir a separarse de él, y por temor a que se lo arrebaten para mandarle a un colegio, accede a todo. Por lo demás, nunca se rebela contra las tiránicas imposiciones de su marido, y cuanto no sea Bernardito le es indiferente. Sabe que haga el padre lo que haga, una parte de su fortuna será para el niño. De modo, que el marqués del Touchet puede divertirse cuanto quiera. Por lo demás, él no se queda corto... Podría contarte otras muchas cosas sobre este particular, cosas que hacen sufrir cruelmente a la pobre Sisi; pero no debo referirte todos esos horrores...

—¡Ah, nol ¡Ah, nol Te lo ruego, Jacoba, Jacobita mía; dímelo todo... todo lo que debe hacerme odiar, hacerme aborrecer cada vez más a ese monstruo que *me robó mi Sisi!*

Dijo esto con una entonación tal de súplica y rabia al

mismo tiempo, y eran tan extrañas estas palabras en la boca del bandido, que la religiosa quedó aterrada...

—Cuando digo *que me robó mi Sisi*—suspiró Bibi—, yo me entiendo, y claro está que yo sólo puedo entenderme, *puesto que Sisi no era mía!*... Pero, en fin, Touchet la ha hecho desgraciada... pues es como si me hubiese hecho desgraciado a mí, *en el caso de que yo hubiese podido ser dichoso*. ¿Te has enterado ya? Pues continúa, Jacobita... ¿Qué más hace ese bandido?...

—Cosas como las que acabo de contarte..., y ya adivinarás lo demás... La marquesa del Touchet vivía, a raíz de su boda, en el castillo del Touchet, que también conoces tú, en el acantilado. Vivía allí con la marquesa viuda, la madre de Máximo. En cuanto a la madre de Sisi, seguramente habrás sabido que murió al poco tiempo del asesinato del pobre Bourrelier.

—Sí, sí; pasa por alto esos detalles—murmuró Bibi.

—Ya sabes que el castillo del Touchet era una morada regia—continuó Sor María—, y recordarás lo envanecido que estaba Máximo con su posesión. Pues bien; un día hizo salir a su mujer y a su madre del castillo, y ¿no sabes para qué? Para instalar en él, ante la vista de las dos desdichadas, a una... a una mujer... su... ¡bueno, ya me entiendes!...

Bibi, escandalizado, exclamó:

—¡Eso es horrible! ¿Sabes, Jacoba? *Yo he hecho muchas cosas en mi vida*—dijo con noble convicción—; pero por nada del mundo hubiese querido dar un disgusto a mi madre y poner en ridículo a mi mujer... ¿Ya dónde se fueron a vivir las pobres?

—No quisieron marcharse del pueblo en donde ambas

han nacido. Sisi se volvió a la *villa* Bourrelier, y la marquesa alquiló un hotelito por allí cerca...

—Me parece que lo estoy viendo. ¡La que se armaría en el pueblo!

—¡No puedes imaginarte lo que el marqués ha hecho sufrir a la pobre Sisi! No había día en que no la impusiese alguna humillación aquella mujer... Figúrate, Puy no es grande... Allí están unos encima de otros, como suele decirse, y la infame no tenía más que salir para abrumar a la marquesa con su lujo, para insultarla pavoneándose en sus carruajes y en sus automóviles... Porque, como dicen en el pueblo, todo sale del bolsillo de Sisi... Aunque no es de Dieppe, la llaman la *Bella dieppense*. Este nombre se lo pusieron los parisienses que van allí a pasar el verano, porque con este nombre había bautizado ella el *yacht* del marqués del Touchet: el *Bella Dieppense*.

—Pero ¿cuál es el verdadero nombre de esa mujer?... Seguramente será una cualquier cosa—dijo Bibi desdeñosamente—, una mujer que habrá estado rodando por París... ¡alguna cómica!

—¡No, no! Es una mujer de la buena sociedad, de la buena sociedad de París, una polaca que tiene un título; pero un título auténtico, y que pasa los veranos en el castillo con su marido, el barón de Proskof.

—Bueno. Y el marido, ¿qué dice?

—No dice nada, y se asegura que nada puede decir... Según parece, el marqués del Touchet *le ha comprado su mujer, que por cierto es muy bella, en un millón.*

—¡Vaya una gentuza!—exclamó Bibi con repugnancia. Y escupió, disculpándose por ello, pero no lo podía re-

mediar. Y se le llenaban los ojos de lágrimas al pensar en Sisi.

—¡Ah! ¡Desde aquí estoy viendo a la desdichada!... Lo que habrá debido sufrir entre todos esos canallas... ella, tan delicada... tan *sensitiva*... ¡Da lástima!... ¡Por más que digas, para los viciosos es el mundo! ¡Tu Dios no es justo! ¡Consentir que semejante mujerzuela mortifique a una mujer honrada!... ¡Ah! ¡Como yo fuese Dios, para qué quería más día de fiesta!... Vamos, decías que la pobre Sisi...

—¡Ah, sí!... Todas estas cosas me han apartado mucho del principal objeto de nuestra conversación; pero por lo que te he dicho comprenderás que Sisi no hace lo que quiere, y que es muy desgraciada. En Dieppe, todo el mundo la compadece..., es tan buena... Pues, como te decía, una noche, antes de Navidad, llamé a su puerta. Era el invierno pasado. Fuí, pues, a su casa de la ciudad; pero allí me dijeron que ella, su hijo, la marquesa y Reina, la señora de compañía de la marquesa viuda, se habían marchado a Puy para pasar tranquilamente las fiestas. Yo necesitaba verla, porque no tenía con qué comprar un árbol de Noël a los niños. A pesar de la nieve y del mal tiempo, no vacilé en subir la cuesta, y héteme llamando a la puerta de la *villa* Bourrelier. Nunca voy a aquella casa, en donde tan felices vivimos con nuestros padres, Bibi de mi alma, sin que una emoción, que comprenderás perfectamente...

—¡Figúrate!...

—Llamé... llamé... Desde lejos, porque la casita del portero está vacía, preguntaron quién llamaba, y oí una voz que yo no conocía... Respondí que era yo, Sor María de los Ángeles. Un farol, un bulto que me abre la puerta...

¿Quién me abría? Reina, a la que nunca había tenido ocasión de hablar, porque esa vieja es buenísima con su ama, pero áspera como ella sola para los demás... Nunca dirige la palabra a nadie. Siempre en pos de la marquesa, parece un misterio viviente. Aquella noche, sin embargo, me recibió con mucha amabilidad; pero cuando me cogió la mano para guiarme por el jardín, me pareció que temblaba. Yo le dí las gracias, diciéndole que conocía perfectamente la *villa*, por haber vivido en ella cuando pequeña... En aquel momento tosió de una manera muy rara, y cambió de conversación... Yo tenía como una vaga intuición de que le sucedía algo que no era natural ni mucho menos. Pero después de todo, tal vez fuese aquella su manera de ser, tal vez la pobre señora temblase siempre de aquel modo. Me llevó al salón en donde estaban las dos marquesas y el hijo de Sisi.

—¿Qué edad tiene?—preguntó Bibi, murmurando después— ¡el hijo de Sisi!

—Bernardito debe tener ahora unos ocho años—respondió la religiosa, para la cual no pasaba inadvertida la emoción que experimentaba su hermano cada vez que ella pronunciaba el nombre de Sisi—. Ese niño me quiere mucho, porque siempre que he podido, le he mimado un poco. ¡Dios me perdone!

—¿Se parece a su madre?—interrogó Bibi brusca-mente.

—No, no se parece a su madre; él es moreno, y su madre es rubia.

—¡Ahl! ¡Maldición! Se parece a su padre—rugió Bibi, apretando los puños.

—No; tampoco se parece a su padre. No tiene ni sus modales toscos y brutales, ni nada que recuerde a su padre ni remotamente.

Bibi suspiró.

—¡Vaya, tanto mejor! ¡Hubiera sido una lástima! Es el color del pelo el que te hace creer que no se parece a su madre; pero ya se parecerá más adelante, ya lo verás... por lo menos, así se lo deseo al pobre niño... Y ¿qué más? ¡Te escucho!

—Reina se sentó con nosotros en el salón; pero se puso a bordar y no pronunció una palabra. Sin embargo, yo me daba cuenta de que no cesaba de mirarme. ¿Por qué me miraría de aquella manera? Estuvimos hablando de mis pobres, de la Navidad y de la fiesta que preparábamos en el asilo, y, como era natural, las dos señoras me prometieron asistir y me dieron algún dinero. Quise marcharme, pero no me lo consintieron, porque hacía muy mal tiempo y comenzaba a nevar copiosamente; también hacía mucho viento. ¡Figúrate cómo estaría el acantilado con semejante temporal! Comprendí que era preciso ser prudente, y me quedé a comer con las dos señoras, confiando en que después de comer podría regresar a Dieppe. Pero no fué así. Como era invierno, no tenían ningún coche en la *villa*. Me obligaron a quedarme con ellas aquella noche, y mandaron a su criado Jacquart, a quien ya conoces, con un recado al hospital, para que no me esperasen. Terminada la comida volvimos al salón, y la marquesa viuda, queriendo sin duda halagarme, evocó la época en que, siendo muy niña aún, vivía yo en la *villa* con nuestros padres. Hablaban de mí; pero evitaban hablar de ti...

—¡Claro está!—asintió Bibi, con sombría expresión...—  
¡Siguel!

—Sin embargo, la marquesa viuda se abandonó por un instante a los recuerdos de un día de pesca, en la playa, en el que, a pesar de ser un chiquillo, salvaste al hijo de un bañista que se estaba ahogando; ¿no te acuerdas?

—¡No!; he olvidado mis buenas acciones...; me servirían de estorbo—murmuró Bibi, cada vez más sombrío.

—La marquesa viuda llegó hasta pronunciar tu nombre, y ya nadie volvió a hablar... Permanecemos allí las cuatro... sin volver a decir una palabra...

—Sí, sí; mi nombre haría un efecto... Aquí para entre los dos, la marquesa viuda estuvo torpe... ¿Y qué más?

—Yo me ahogaba... y no sabía qué decir... no podía decir nada... Las otras dos...

—Sí; las otras dos pensaban: la una, que yo había asesinado a su marido; la otra, que había matado a su padre... Deliciosa velada... Y tú, por tu parte, Jacoba, tenías derecho a pensar que el padre de Sisi era el último de los miserables... ¡Difícil resultaba sostener la conversación en estas condiciones!... Y, además, las tres os considerabais víctimas de esos monstruos a los que llaman hombres...  
¡Siguel...

—Yo me ahogaba, y me eché a llorar; pero sin poder contenerme... como una tonta... a gritos... Entonces, las dos marquesas, que lloraban también, me abrazaron cariñosamente, y Bernardito, que no comprendía lo que pasaba, me abrazó también.

—¿Y qué hacía Reina entretanto?—preguntó bruscamente Bibi.

—Reina no me abrazó; pero me estrechó la mano de una manera muy extraña; temblaba más que nunca. Parecía tiritar, y estaba tan pálida... ¡tan pálida!... y me miraba con unos ojos tan raros... Y tenía los labios tan blancos cuando me dijo: ¡Pobre Sor María de los Ángeles! ¡Pobre Jacobita! Esto era lo más extraño, ¿no es verdad?... porque no nos conocíamos... Por lo menos, nunca nos habíamos tratado, ni aun en los buenos tiempos. Entonces, ¿por qué me decía *pobre Jacobita*? ¿Qué significaba aquello?... Y su aspecto era el de una loca. Por lo demás, quiso marcharse inmediatamente, pretextando que tenía frío y que no se sentía bien. Sisi le dijo: ¿Quiere usted que dé orden de que la suban alguna cosa?—«No, no—contestó ella precipitadamente—; no necesito nada... voy a descansar. ¡Buenas noches!»

Y se marchó, cerrando violentamente la puerta. Hubiérase dicho que huía.

—*Por lo visto, vuelven a atormentarla sus tristes pensamientos*—dijo la marquesa viuda—. Antes no era así, tan rara y tan poco amiga de hablar, que no logra una sacarla dos palabras del cuerpo cada veinticuatro horas. ¡Tan alegre como ha sido siempre, y tan aficionada a hacerme reír! Yo creo que lo que tiene ahora es una especie de enfermedad nerviosa, que desaparece y reaparece sin que pueda uno prever la causa.

—¡También yo he notado las rarezas de Reina!—dijo Sisi—. Pero ¿desde cuándo está así?

—¡Oh, hace muchos años!—respondió la marquesa evasivamente. Y volvieron a callar. Era evidente que mi presencia les impedía decir todo lo que pensaban. En resu-

men: la extraña actitud de Reina debía remontarse a la época en que ocurrieron las desgracias...

—¡Di a la época en que cometí mis crímenes, y es más sencillol...—murmuró Bibi—. ¿Qué más?

—Luego nos separamos. La alcoba que me destinaron estaba al lado de la de Reina; toda la noche la estuve oyendo andar de un lado para otro. Iba, venía, y a veces hablaba sola, pero sin que yo lograra entender lo que decía...; también la oía lanzar profundos suspiros. Puedes figurarte cuál sería mi curiosidad... Sin embargo, rendida de casancio, me dormí a eso de las dos de la mañana, y de repente me desperté; alguien abría mi puerta con precaución. Grité: ¿quién es?

—¡Chist! ¡No haga usted ruido, soy yo!—dijo Reina, y la vi aparecer en camisa de dormir, más blanca que un espectro.

Después de cerrar la puerta, se dirigió hacia mí como un fantasma, se arrodilló junto a mi cama, volvió a cogerme una mano, lo mismo que en el jardín y en el salón, con ese temblor particular que me había preocupado, y repitió: ¡Pobre Jacobita!; y esta vez añadió: ¡Pobre Bibi!

—¿Cómo? ¿Dijo eso?...; ¿De veras dijo eso? ¡Pobre Bibi!

—Lo dijo... lo dijo... como en sueños.

—Pero lo dijo... Por tanto, sus razones tendrá para decirlo—murmuró el bandido jadeante—. Reina debe saberlo todo, esto es indudable... Sigue, sigue...

Y Bibi derramó nuevamente una cucharada de la poción entre los labios de su hermana, para darle fuerzas. La cuchara temblaba en su mano.

—Sí, lo sabe todo. Me lo confesó... me dijo: «Jacobita,

¡su hermano de usted era inocente!... No fué él quien mató al marqués... ¡Fué otro!... ¡fué otro!... ¡fué otro!...» Y mientras repetía cada vez más fuerte y con una expresión como diabólica: ¡fué otro!..., abrió los ojos desmesuradamente como si estuviese viendo a aquel otro... y cayó presa de un violento ataque de nervios. Acudieron las dos marquesas. Creímos que se nos «quedaba» en los brazos. Pero entonces ya no decía nada, y apretaba los dientes con una energía salvaje, como para evitar que se le escaparan las palabras.

—Fué una lástima que le diese ese ataque—suspiró Bibi.

—¡Oh!, ya lo creo; porque siempre he pensado que aquella noche entró en mi cuarto con la intención de decirme todo lo que sabe... Pero cuando el día siguiente volvió en sí, ya fué otra cosa... Llegó hasta a fingir que no me entendía, cuando quise reanudar la conversación. Pero yo no me conformaba, como puedes comprender, y más de una vez traté de verla. Pues bien; un día que la encontré en la iglesia y que la exigí, en presencia de Dios, que hablase claro, me contestó que tuviera paciencia, que *ya llegaría la hora*, pero que llegaría cuando Dios lo dispusiese, que no podía hacer nada *para que llegase antes de lo debido*, y que sería un crimen, *tanto en ella como en mí, el desear que esa hora llegase pronto*. Después añadió: «No vuelva usted a hablarme de estas cosas, olvide lo que le he dicho, y tal vez así podamos evitar una espantosa catástrofe.»

—Sí; pero entretanto, me perseguían como a una fiera y me enviaban a presidio.

—Eso le dije yo, y me contestó *que tal vez serías tú el primero en rogarle que callase*.

—¡Esto es demasiado!—exclamó Bibi—. ¿Qué significa todo esto? Indudablemente, Reina no sabe lo que se pesca.

—Esta fué la última conversación que tuve con ella. Estábamos en el atrio; de repente la vi palidecer y temblar como la noche aquella. Saludó a dos personas que acababan de pasar, y a las que yo no había visto al pronto. Se separó de mí apresuradamente, y no la he vuelto a ver. Ya en la calle, me encontré a aquellas dos personas que habían pasado por delante de la iglesia. Eran Sisi y un amigo de la familia: Jorge de Pont-Marie. «¡Reina sigue medio local», me dijo la marquesa del Touchet. Yo le respondí con bastante vaguedad: Sí, un poco. Y entonces, M. de Pont-Marie añadió: «Yo siempre he creído que está chiflada.» Ya ves, Bibi, que te cuento todo, todo lo que pueda interesarte... y todo lo que sé. Te aseguro delante de Dios, que nos escucha, que no sé más, ni una palabra más.

—¿Y por qué pasean juntos Sisi y ese Pont-Marie? ¿Tan amigos son?

—Ya sabes que Pont-Marie es íntimo de Bourrelier y del marqués desde hace mucho tiempo... Conoció a Sisi cuando ella era aún una niña; tal vez la hubiera obligado a salir para distraerla... Por lo demás, Pont-Marie ha cambiado mucho. Ha sentado la cabeza. Y está algo distanciado del marqués, que precisamente entonces viajaba en su *yacht* el *Bella Dieppense* por las costas de la América del Sur.

En aquel momento llamaron a la puerta, y se oyó la voz del Fetiche:

—¡Mi comandante!... *el vigía anuncia la aparición de unos naufragos por estribor.*

## CAPÍTULO IX

## FATALITAS

BIBI subió a cubierta en el momento en que el Trompo, promovido al empleo de primer timonel, recibía instrucciones del de la antigua tripulación, obligada a servir a los bandidos, y gritaba al segundo timonel, que estaba de pie junto a la rueda del timón: «¡*Todo a estribor! ¡Avante!*» Al mismo tiempo, el primer maquinista daba sus órdenes a sus subordinados: «¡*Poco a poco! ¡Disminuid la presión!*»

La cubierta estaba llena de curiosos. Bibi se abrió paso brutalmente, y de tres saltos se plantó en el puente, gritando:

—¿Qué queréis que me importen a mí los naufragos? ¿Os parece que no hay bastante gente en las jaulas?

Pidió un antejo, y lo asestó hacia un punto blanco: una chalupa que se destacaba vigorosamente sobre el océano sereno y azul. El tiempo era magnífico, muy hermoso, con un sol abrasador que debía achicharrar a los infelices refugiados en la frágil embarcación, y que tal vez estuviesen muriéndose de sed. La chalupa se hallaba todo lo más a tres cables de distancia, a unos seiscientos metros del *Ba-yardo*, que se acercaba a ella con bastante rapidez.